

EL TEATRO

Coleccion de obras dramáticas y líricas

EL GATO NEGRO

Juguete cómico, en dos actos y en verso

Marcó

PUNTOS DE VENTA

Administracion: calle de las Pozas, núm. 2, 2.º

Librería de Cuesta, calle de Carretas, 9

MADRID

16

Al distinguido primer actor Don Isidoro Valero

Recuerdo cariñoso de su amigo y admirador

José Marco

EL GATO NEGRO.

EL
GATO NEGRO,

Juguete cómico, en dos actos y en verso,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARCO.

Representado por primera vez, con extraordinario aplauso,
en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid,
el 21 de Noviembre de 1878.

MADRID
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS,
calle de Sombrerería, núm. 6.
1878

PERSONAJES.	ACTORES.
FELIPA.................	D.ª Balbina Valverde.
CÁRMEN................	» Clotilde Mendoza.
REMIGIO................	D. Emilio Mario.
EMILIO	» Julian Romea.
AGUSTIN	» Mar.º Ballesteros.

La accion se supone en Madrid y en casa de Remigio.—Época actual.

Al Excmo. Sr. D. VICTOR BALAGUER.

El lisonjero éxito que este juguete ha alcanzado, debido indudablemente, más que á lo que vale, á su admirable interpretacion y á la benevolencia del público, me anima á dedicárselo á V.

Dígnese V. aceptarlo, no como partida á buena cuenta de lo mucho que le debo, sino como testimonio solemne de la gratitud, respeto y cariño, á que le está obligado

José Marco.

Madrid 22 de Noviembre de 1878.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada, con puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

FELIPA y REMIGIO.

FEL. (Apareciendo por el fondo derecha con una carta.)
¡Remigio! ¡Remigio!!

REM. (Desde dentro.) Qué?

FEL. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha, donde se supone que estará Remigio.)
Ya llegó, por fin, la carta.

REM. La del administrador?

FEL. Trae el sello de Granada.

REM. Me estoy afeitando; pero
ya concluyo.

FEL. Házlo con calma
y no te cortes, por Dios!
(Dejando la carta encima de un velador.)

REM. No; y eso que hoy la navaja
parece que muerde.

FEL. Sí?
Ya me tienes con el alma
en un hilo!—Mas, qué escucho!
(Suena como si se hubiera roto un objeto de cristal.)
Cármen! La Vírgen me valga!
Cármen!! (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

FELIPA y CÁRMEN.

CÁR. Mamá! (Apareciendo en la puerta de la izquierda.)
FEL. Qué se ha roto?
CÁR. El...
FEL. El qué?
CÁR. No ha sido nada.
FEL. Algo de cristal ha sido.
CÁR. Sí, señora.
FEL. Santa Bárbara!
CÁR. El espejito...
FEL. Un espejo!
CÁR. Bien, pero es el que estaba
en mi mesa-tocador,
que no vale...
FEL. Desgraciada!
Sabes lo que significa
un espejo roto?
CÁR. Vaya!
Significa... que se ha roto.
FEL. Anunciando una desgracia.
CÁR. No crea usted esas cosas.
FEL. Si es gastar pólvora en salvas
lo que se gasta en colegios.
CÁR. No tanto, mamá.
FEL. Caramba!
Qué has aprendido en el tuyo?
Me lo quieres decir? Habla!
Mucho de frivolité...
eso sí: pero, en sustancia,
ninguna de esas lecciones
que exije la vida práctica.
Mas tu tio se empeñó
en que fueras colegiala:
tu padre y yo consentimos,
hemos soltado la plata
por espacio de seis años,
y los errores se pagan;
porque si hubieras sabido
tú lo que significaba
la rotura de un espejo,
al tocar el tuyo, en guardia

te hubieras puesto, y de fijo
consientes de buena gana
en romperte... las narices
antes que...

CÁR. Quedarme chata!
No, señora.

FEL. Pues Dios sabe
si el golpe que nos amaga
será más funesto. Y todo
por ser tú una descuidada.

CÁR. Mamá, yo cojí el espejo
con cuidado.

FEL. Calla! Calla!

CÁR. Pero con mucho cuidado.

FEL. Sí?

CÁR. A qué vendria engañarla?

FEL. Pues vas á hacerme el favor,
cuando á cojer algo vayas,
de no ser tan cuidadosa.

CAR. (Figurando tener cogido el espejo con la mano izquierda.)
Lo tenia así: empañada
estaba un poco la luna,
fuí á pasarle la tohalla...
pero, sin darme yo cuenta,
en la guarnicion se engancha
el fleco, y... paf! (Significando que se cae al suelo)

FEL. Estarias
pensando en el papanatas
de tu novio.

CÁR. Yo? Si acaso,
él sería quien pensara
en mí: y lo deduzco por
una frase rutinaria,
una leccion del colegio,
de esas... de la vida práctica:
pues cuando se le caia
algo al suelo á una educanda,
dirigiéndose á ella, en coro
las restantes exclamaban:
—«Quién se acordará de usted!»—

FEL. Sí, picardías no faltan.

CÁR. Picardías?

FEL. Picardías.

CÁR. No hay duda que...

FEL. Y así pasa

que una niña, que el colegio
y el vestido corto acaba
de dejar, tiene ya novio.
CÁR. Y qué quiere usted que le haga?
Me ha salido sin querer.
FEL. Sin querer?
CÁR. Tiene una labia!
FEL. Y qué?
CÁR. Cuando usted le vea...
FEL. Es claro, como por mágia
me voy á quedar... así. (Con la boca abierta.)
CÁR. Es tan discreto!...
FEL. Una alhaja.
Mas yo arrastrar no me dejo
de esas impresiones rápidas...
CÁR. Ni yo tampoco.
FEL. Como hace
tanto tiempo que le tratas...
CÁR. Sí que es mucho.
FEL. Cómo!
CÁR. El tiene
en el colegio una hermana
y un jueves de cada mes
ir solia á visitarla.
Por... casualidad, un dia
bajé con ella á la sala
de recibo.
FEL. Ya comprendo.
CÁR. Tres años hará por Pascua;
y, por cierto, que él entónces
me dirigió unas miradas!..
FEL. Y al mes volvió?
CÁR. Antes, mamá:
á los quince dias.
FEL. Sátrapa!
Y tú, por... casualidad
tambien, bajaste...
CÁR. Llevada
por un misterioso impulso
del que cuenta no me daba.
FEL. Y hubo nuevas miraditas?..
CÁR. Hubo más: hubo palabras.
FEL. Qué te dijo?
CÁR. Pues me dijo
que yo le era muy simpática.
Despues, á los ocho dias,

me confesó que me amaba.
FEL. A los ocho dias?
CÁR. Sí.
Desde que leyó en mi alma
que no me era indiferente,
iba todas las semanas,
y eso porque en el colegio
sólo permiten la entrada
los jueves.
FEL. Si no, te hubiera
hecho una visita diaria.
CÁR. Como aspira á hacerla ahora.
FEL. Olvida esas chiquilladas.
CÁR. Chiquilladas? Sepa usted
que Emilio tiene acabada
su carrera de abogado.
FEL. Gran cosa!
CÁR. Sólo le falta
licenciarse, y esto debe
hacerlo de hoy á mañana.
FEL. Pues con muy mal pié inaugura
su carrera.
CÁR. Y por qué causa?
FEL. Porque pierde el primer pleito.
CÁR. Cuando entable la demanda...
FEL. Ha de ser el juez tu padre,
y tu padre en contra falla.
Despues de lo que ha gastado
en tí, pensar es bobada
que hemos de darte á cualquiera
que, con sus manos lavadas...
CÁR. No diga usted...
FEL. Tu marido,
si es que algun dia te casas,
ha de ser hombre de muchas,
muchísimas circunstancias.
Qué te figuras?
CÁR. Si ustedes
vieran á Emilio!...
FEL. Ya basta.
Vete á tu cuarto y recoge,
sin pronunciar más palabra,
los pedazos de ese espejo,
que en hora tan desdichada
rompiste.
CÁR. Pero, mamá...

FEL. Silencio!
CÁR. Ya me callo.
FEL. Y anda.
(Váse Cármen por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

FELIPA.

Qué nos va á pasar, Señor!
Algun pecado purgamos,
porque en esta casa vamos
siempre de mal á peor.

ESCENA IV.

FELIPA y REMIGIO.

REM. (Saliendo de bata por la puerta de la derecha muy preocupado.)
Ya, Felipa, he terminado.
FEL. Pero qué tienes?
REM. Qué tengo?
FEL. Vienes así...
REM. Ay! Es que vengo
afeitado y afectado.
FEL. Afectado?
REM. Mucho, sí.
FEL. Remigio, y por qué razon?
REM. Porque... se me fué el jabon,
y, al ir á cojerlo, ví...
negra como el terciopelo,
y tan grande, ó casi más
que mi mano... qué dirás?
Una araña por el suelo.
Oye: debemos temer
por eso?
FEL. No.
REM. Cosa extraña.
Qué es lo que anuncia la araña?
FEL. Anuncia... que va á llover.

Pasa otra cosa peor.
Mucho peor!
REM. San Alejo!
FEL. Cármen ha roto el espejo
de su mesa-tocador.
REM. Esa con el novio anda
trastornada.
FEL. Y hasta el punto...
REM. Bien, no hablemos del asunto
porque me cierro á la banda.
Jesús! Jesús! ¡Qué criatura!
¿Tiene las manos de estopa?
FEL. Habrá que apurar la copa...
REM. Nada, desgracia segura.
Digo! Y con la aparicion
de la araña!.. ¿Lluvia da?
No una desgracia vendrá.
FEL. Pues cuántas?
REM. Un chaparron.
FEL. Yo tiemblo.
REM. No te parece
que interpreto esas dos partes?..
FEL. Y, por si acaso, hoy es mártes.
REM. Mártes! Y estamos á trece!
FEL. Esto más!
REM. En fin...
FEL. Qué horror!
La fatalidad no se harta...
REM. Dónde pusiste la carta
de nuestro administrador?
FEL. Toma. (Dándosela.)
REM. Aquí está el primer palo.
(Contemplando la carta con recelo y sin abrirla.)
FEL. Pues antes ponte la venda
y que nada te sorprenda:
prevente á todo lo malo.
REM. Vamos á ver.—No lo dije!
(Afligido, despues de enterarse de la carta.)
FEL. El espejito dichoso!
REM. (Examinando algunos papeles que acompañan á la carta.)
Señor, esto es espantoso!
FEL. Qué sucede? Qué te aflige?
REM. Viéndolo estoy... (Sin hacer caso de Felipa.)
FEL. Habla ya,
que me tienes sin sosiego.

Destruyó la mies el fuego?
Algun pedrisco?..

REM. Ojalá!
Porque causa ménos daño
y tiene más fácil cura
llorar una desventura,
que sufrir un desengaño.

FEL. Pero dí: es de don Silvestre
la carta?

REM. Sí, esposa mia.

FEL. Y esos papeles que envia?..

REM. Son las cuentas del semestre:
y esta cifra, que estás viendo,
(Indicándole una de las cuentas.)
y tan poquísimo abulta,
es el saldo que resulta
á nuestro favor.

FEL. Ya entiendo.
Diez mil reales.

REM. La mitad
de lo que el año pasado
por tiempo igual he cobrado
no muy contento, en verdad,
y, para escarnio mayor,
el tercio de lo que el trucha
de Agustin, mi hermano, ahucha,
sin ser su hacienda mejor.

FEL. Conque treinta mil tu hermano,
y tú... diez?

REM. Cabal.

FEL. No quiero
injuriar á nadie; pero
eso es que.. te meten mano.

REM. Cómo! Supones un robo!..
No hagas, por Dios, tal ofensa
á don Silvestre.

FEL. Dispensa
y que dispense.

REM. El! Tan probo!

FEL. Si es mejor la hacienda tuya,
¿por qué ménos percibiste
que Agustin? En qué consiste?

REM. Consiste... en la suerte suya.
Me he convencido ya tanto...

FEL. Sí tiene suerte.

REM. Ya ves,

como que nació de pies
y, además, en viernes santo
Por eso, sin duda alguna,
aquí triunfa y gasta allá,
con el gozo del que va
en brazos de la fortuna.
Para que de la que tiene
puedas idea formarte,
Felipa, voy á contarte
un hecho que al caso viene.
Por la calle del Tesoro
una mañana pasamos,
y los dos nos encontramos
una moneda de oro.
Era tan sólo de á duro;
pero de muy buen agüero
porque tenia agujero;
y, contando por seguro
que se multiplicaria
por esto y ser duro hallado,
le propuse, entusiasmado,
jugarlo á la lotería,
añadiendo cuatro reales
para poder completar
seis pesetas y tomar
dos decimitos iguales.
A mi plan no se hizo sordo:
los compramos, y al avío,
él llevó el suyo, yo el mio...

FEL. Y qué? Os salió?...

REM. El premio gordo!
Cinco mil setenta y siete!
Pero mi hermano cobró.

FEL. Y tú tambien?....

REM. Cá! Yo? No!
Porque yo... perdí el billete.

FEL. Pero, hombre, tú de qué modo
guardabas ese papel?

REM. No, pero si es suerte de él;
si pasa lo mismo en todo!
Y en eso, en eso está el quid.
Quieres otra prueba? Vamos.
Nosotros no acostumbramos
á movernos de Madrid:
como un acontecimiento
muy grande, á Getafe fuimos;

y qué pasó?

FEL. Que tuvimos
choque y descarrilamiento.

REM. Y al ir á Torrelodones
en carro, huyendo del tren,
en el camino tambien
no nos salieron ladrones?
Pues mi hermano que, sin tregua,
va á su hacienda y de ella viene;
que cuando el tren deja, tiene
que habérselas con su yegua,
ni el más ligero accidente
que lamentar ha tenido
en tanto como ha corrido;
y qué más? Ultimamente,
á Barcelona marchó
por Zaragoza, mujer:
pues cómo querrás creer
que el tren no descarriló!!

FEL. Qué suerte tan espantosa!

REM. Parece á veces mentira.

FEL. No obstante, Remigio, mira,
voy á decirte una cosa.
Será una preocupacion
ridícula de mujeres,
convenido: mas qué quieres?
yo me explico el fortunon
de tu hermano.

REM. Sí? Me alegro;
pues su ejemplo seguiré...
Y á qué lo achacas? A qué?...

FEL. Lo achaco... á su gato negro. (Con misterio.)

REM. No, pues oye: no es ninguna
tontería lo que has dicho.

FEL. El gato negro...

REM. Es un bicho
que lleva en pós la fortuna.
Desde que era chiquitin
que lo sé; pero uno olvida
el a, be, ce de la vida...

FEL. Mira tú cómo Agustin
no lo olvidó!

REM. Y cómo, cómo
mima á su gato, y está
siempre dale que le da
con la mano por el lomo!

Y hace que los platos lama
sobre la mesa, y despues
le consiente que á los piés
duerma de su propia cama!

FEL. Ya le puede dar buen trato!

REM. Nuestra crísis hoy resuelvo.

FEL. Qué es lo que dices?

REM. Que vuelvo:

(Dirigiéndose á la puerta de la derecha en actitud de quitarse la bata.)

me voy á buscar un gato.

FEL. Cuanto más negro, mejor.

REM. Oye, y dónde los habrá?

ESCENA V.

Dichos y CÁRMEN.

CÁR. (Saliendo por la puerta de la izquierda y dirigiéndose confiada á Remigio.)

Muy buenos dias, papá.

REM. Muy buenos. (Sin hacerla caso.)

CÁR. Tanto rigor...

REM. (En tono de reconvencion.)

¿No has vuelto nada á romper?

CÁR. Perdone usted...

REM. ¡Destructora!

FEL. No le entretengas ahora, (A Cármen.)
pues tiene mucho que hacer.

REM. No sé si vaya á la esquina
de la Puerta del Sol? (Á Felipa.)

FEL. (Á Remigio.) Sí,
tal vez se encarguen allí....

REM. Pues voy...

FEL. Y yo á la cocina.

REM. (A Felipa y deteniéndose de pronto.)

¡Ay! Da el encargo especial
á la loca de Ruperta
de que hoy aceite no vierta.

FEL. Ni deje caer la sal.

(Váse Remigio por la puerta de la derecha y Felipa por el fondo izquierda.)

ESCENA VI.

CÁRMEN.

Qué tendrán? Aquí sucede
algo extraño, que no acierto...
Despues... como siempre están
á vueltas con los agüeros!..

ESCENA VII.

Dicha y AGUSTIN.

AGUS. No te molestes. muchacha, (Dentro.)
que pronto daré con ellos.
CÁR. Calle! Esa voz... Es mi tio!
AGUS. Carmencita! (Saliendo por el fondo derecha.)
CÁR. Tanto bueno!
AGUS. He llegado esta mañana
y hallarte sola celebro.
CÁR. Siempre tan campante.
AGUS. Siempre.
Mas no perdamos el tiempo.
Acabo de ver á Emilio.
CÁR. Cómo!
AGUS. Estoy en el secreto.
Su padre es amigo antíguo,
me habló del asunto vuestro...
CÁR. De véras! Y usted, qué dice
del asunto?
AGUS. Que os protejo.
CÁR. Emilio es tan buen muchacho!
AGUS. Es digno de tí, en efecto,
y, desde hace una hora, todo
un licenciado en Derecho.
CÁR. Qué sorpresa!
AGUS. Pues aún voy
á darte otra, que no ménos
agradable te será.
CÁR. A ver?
AGUS. Dentro de un momento,
va á entrar por aquella puerta
(Señalando la del fondo.)

á pedirte en forma.

CÁR. Cielos!

AGUS. Temes acaso?

CÁR. Un desastre.
Mis padres, sin conocerlo,
odian á Emilio.

AGUS. No importa:
hay una intriga en proyecto.
Yo debia presentarle
aquí; pero, al hablar de ello
esta mañana, me ha dicho:
—«Don Agustin, le agradezco
su apoyo moral y todos
sus finos ofrecimientos;
mas, en el presente juicio,
usted es mal hombre bueno.»—
Y es verdad.

CÁR. Mas qué va á hacer?

AGUS. Convencido hasta el extremo
de que nada ha de lograr
por el camino derecho,
no le queda otro recurso
que ver si dando un rodeo...

CÁR. Pues, por más vueltas que dé,
ya verá el recibimiento
que le hacen mis padres cuando...

AGUS. Escelente.—Ha descubierto
su flaco, y una joroba
va á ser todo el argumento
que Emilio, en esta ocasion,
emplee para vencerlos.

CÁR. Una joroba!

AGUS. Tus padres
viven de aprensiones llenos:
una de ellas es tener
ese físico defecto
por indicio de fortuna,
y es muy seguro que, al verlo,
acojan á quien lo ostente
con las campanas al vuelo.

CÁR. Es posible!..

AGUS. Apostaria...

CÁR. De todos modos, no apruebo
ese ridículo engaño.

AGUS. Con él respondo del éxito.
Además, sobrina mia,

la intriga tiene otro objeto:
cuantas veces he venido,
de buena fé me he propuesto
que á absurdas preocupaciones
tus padres no dieran crédito;
mas, con mis pláticas, siempre
he sacado lo del negro,
y, la verdad, ya me canso
de predicar en desierto.

CÁR. Sí, mas...

AGUS. Tú quieres á Emilio?

CÁR. Yo? Sí, señor; sí, le quiero.

AGUS. Pues deja rodar la bola,
y, si al cabo él pierde el pleito,
aquí estoy yo de reserva.

CÁR. Me resigno...

AGUS. Apelaremos,
y entónces...

CÁR. Ay! Papá viene!

AGUS. Ni una palabra.

CÁR. (Ya tiemblo.)

ESCENA VIII.

Dichos y REMIGIO.

REM. (Apareciendo por la puerta de la derecha, dispuesto para salir á la calle.)
Vamos á buscar el gato.

AGUS. Vaya usted con Dios. (Deteniendo á Remigio.)

REM. Qué veo!

AGUS. No quieres ya saludar
á la gente?

REM. No empecemos
con tus pullitas!

CÁR. Mi padre
no vió á usted.

REM. Puedes creerlo.
Y, además, que no te hacia
en Madrid.

AGUS. Llegué del pueblo
esta mañana, y, apenas
descansé, vine por veros.

REM. Gracias.

CÁR. De entrar acababa
cuando usted...
REM. Yo no comprendo
ese afan de ir y venir...
AGUS. Ni yo el tuyo de estar quieto.
CÁR. Papá lo dice, sin duda,
porque considera expuesto
tanto viajar...
AGUS. Sus peligros
tiene todo, no lo niego...
Pero cada uno se entiende
y baila...
REM. No, lo que es eso
conmigo no reza; porque
yo ni bailo, ni me entiendo.
AGUS. Ya sé, Remigio, ya sé
que no has de estar satisfecho
de las cuentas del semestre.
REM. Cómo estarlo!
CÁR. Será cierto?
REM. Pero, en cambio, tú quejarte
no puedes.
AGUS. Y no me quejo.
REM. Es mucha suerte la tuya!
AGUS. Mucha! Siempre estoy oyendo
lo mismo!.. (Riéndose.)
REM. Y tú... tú te ries?
AGUS. Pues si la suerte que tengo
la puede tener cualquiera.
REM. Estás seguro?
AGUS. Hay un medio
que es infalible y sencillo.
CÁR. Posee usted un secreto
para conseguir la suerte?
AGUS. Vaya!
CÁR. Sí?
REM. (Su gato negro.)
CÁR. De cualquier modo...
REM. (Oh! Qué idea!)
CÁR. La verdad es que usted lleno
se vé, tio, de favores...
AGUS. Que yo, Cármen, considero
fruto de mi talisman
y bendiciones del cielo.
REM. Bien, hombre, bien. Y á propósito
de favores: ahora pienso

que tú puedes hacerme uno.
AGUS. Siendo así, dálo por hecho.
REM. No vayas á figurarte
que es cosa la que pretendo
del otro jueves.
AGUS. Remigio,
eso fuera lo de ménos.
Con tal de que pueda yo
complacerte...
REM. Es un empeño
de Felipa...
AGUS. Dime qué es.
REM. Una tontería.
AGUS. Cuerno,
quieres hablar?
REM. Pues se trata...
de un gato.
AGUS. Qué!
REM. No tenemos...
AGUS. (El se nos viene á las manos.)
REM. Y es preciso...
AGUS. No ha de serlo!
REM. Felipa vió esta mañana
yo no sé qué desperfectos...
AGUS. Hazañas de algun raton.
REM. Y dijo, no hay más remedio
que buscar hoy mismo un gato.
Yo me he encargado de hacerlo,
y se me ocurre que tú...
AGUS. Pues, Remigio, yo lo siento:
el mio te cederia
con mucho gusto...
REM. Sí, pero
no me lo cedes?
AGUS. No, porque...
porque no sirve para eso.
REM. Conque no sirve?..
AGUS. No sirve.
REM. (Qué egoista!)
AGUS. El gato nuestro
no es cazador.
REM. Qué rareza
de animal!
AGUS. Pues es un hecho:
si algo caza, es la gallina
que se pone en el puchero.

CÁR. Vaya una alhaja!
AGUS. No obstante,
se le tiene en casa afecto
y todos le miman...
REM. Sí,
porque se chupan el dedo
todos en tu casa.
AGUS. Vamos,
no caviles...
REM. Bien, dejemos
la cuestion... Yo buscaré
por otro lado, y espero...
CÁR. Muy fácil será encontrar...
AGUS. Lo seria, en el supuesto
de que de un gato cualquiera
se tratara; mas sospecho
no le busca así tu padre.
CÁR. Pues cómo lo busca?
AGUS. (Con intencion.) Negro.
REM. Bien, y aunque eso fuera, qué?
AGUS. Lo ves, Cármen?
CÁR. (A Agustin.) Qué misterio?..
AGUS. Es otra preocupacion. (A Cármen)
REM. Si creerás que es privilegio
exclusivamente tuyo
tener gatos de ese pelo?
AGUS. Qué disparate!

ESCENA IX.

Dichos y FELIPA.

FEL. Remigio!
Remigio!
(Saliendo por la puerta del fondo izquierda, agitada y sin poder reprimir el gozo.)
REM. Qué hay?
FEL. Que tenemos
la fortuna en casa.
REM. Cómo!
AGUS. La fortuna?
FEL. Hola!
(Fijándose en Agustin y saludándole.)
AGUS. Muy buenos

dias tenga usted.
FEL. Cuñado,
bien venido.
AGUS. Yo celebro
llegar en una ocasion...
FEL. De felicísimo agüero,
sí, señor.
CÁR. Tio, será?..
(A Agustin, con quien continúa hablando.)
FEL. Vamos, desarruga el ceño. (A Remigio.)
REM. Pero esplícame...
FEL. Qué gozo!
REM. Qué ocurre?
FEL. Que un caballero
pregunta por tí.
AGUS. Es Emilio. (A Cármen.)
CÁR. (Ay!)
AGUS. (Ya ha aparecido aquello!)
REM. Y no le conoces? (A Felipa.)
FEL. No.
REM. Entónces...
FEL. No seas terco.
Cuando sepas que es...
AGUS. (A Cármen.) Qué tal?
REM. Mujer, me estás confundiendo...
FEL. Algun ángel nos lo envia!
REM. Pues señor, yo pierdo el seso!
FEL. Usted ha de dispensar (A Agustin.)
á Remigio.
AGUS. El es muy dueño...
CÁR. Véngase usted á mi cuarto. (A Agustin.)
FEL. Desea hablarle un sugeto...
AGUS. Pues que le hable.
FEL. (Dirigiéndose al fondo.) Le haré entrar.
REM. Mas dime... (Deteniendo á Felipa.)
FEL. No pierdas tiempo.
REM. Qué es ese hombre?
FEL. Pues es un...
ya lo verás.
REM. Acabemos,
es un... qué?
FEL. Con su licencia...
(A Agustin y hablando despues al oido de Remigio.)
REM. (Muy contento.)
Con que es un?.. No es esto un sueño!
CÁR. Tambien papá?

AGUS. (Á Cármen.) No te dije?
REM. Qué fortuna!
FEL. (Á Remigio.) Lo estás viendo?
REM. Con tu permiso, Agustin.
AGUS. Con Cármen, si no os molesto,
me estaré en su cuarto.
REM. Bien.
CÁR. Ay, tio! (Apurada, á Agustin.)
AGUS. Fuera ese miedo!
(Á Cármen, con quien se va por la puerta de la izquierda.)
REM. Un... jorobado! (Con mucho gozo.)
FEL. Adelante.
(Desde el fondo y como hablando con alguien á quien se supone dentro.)
REM. Adelante, caballero.
(Á Emilio que sale por el fondo derecha con una joroba, no exajerada.)

ESCENA X.

Dichos y EMILIO.

EMIL. Es don Remigio Fuenfria
á quien tengo el alto honor
de saludar?
REM. Servidor.
EMIL. Y esta señora? (Por Felipa.)
REM. Es la mia.
EMIL. Y de todo mi respeto.
FEL. Gracias.
EMIL. Lo mismo que usté.
REM. Muchas gracias.
EMIL. No hay de qué.
REM. Es muy fino. (Á Felipa, por Emilio.)
FEL. (Á Remigio.) Y muy discreto.
EMIL. Atrevida libertad
quizá, al venir, me he tomado,
que no sé yo hasta qué grado
disculpará su bondad.
Sé que es grande, caballero.
REM. Nos confunde usted y humilla.
FEL. Pero tome usté una silla.
REM. Y deje usted el sombrero.
FEL. (Á Remigio mientras Emilio se dirije al fondo á dejar el sombrero.)

Ha de tocar la joroba
quien quiera la suerte.

REM. (Á Felipa.) Sí?

EMIL. (Cómo saldré yo de aquí!)

REM. (Pues voy á darle una soba!..)

EMIL. Ya estoy sentado. (Sentándose á un extremo.)

REM. Por Dios,
por qué tan lejos se va?

EMIL. Quiere usted?..

FEL. Más cerca.

EMIL. (Ya!)

REM. Siéntese aquí. (Entre él y Felipa.)

FEL. Entre los dos.

EMIL. Oh! (Sentándose confundido entre Remigio y Felipa.)

FEL. Qué tal se encuentra usté?

EMIL. Favorecido á su lado.

REM. Pues... hablemos. (La he tocado.)
(Tocando, despues de algunas tentativas, la espalda de Emilio.)

FEL. Sí, sí, hablemos. (La toqué.) (El mismo juego.)

EMIL. (Dios me la depare buena!)

REM. Y sin ambajes.

EMIL. Hablemos.

REM. Diga usted en qué podemos?...

EMIL. Ay, señores! (Suspirando.)

FEL. Qué le apena?

EMIL. La duda, ante todo, impía
de si mi negra fortuna
trájome en hora importuna.

FEL. Nunca.

EMIL. (Ya lo suponia.)

REM. Importuna su presencia!.

EMIL. De ello yo me felicito,
porque, en verdad, necesito
de toda su complacencia;
única prenda que augura
que puedo ver realizada
la ilusion en que cifrada
está mi dicha futura.

REM. No comprendo...

FEL. Habla de un modo!

REM. Por más que pienso, no doy...

EMIL. Con una palabra, voy
á revelárselo todo.
Soy... Emilio.

REM. (Sin comprender.) Qué embolismo!..

FEL. Calle! (Levantándose confundida.)
REM. Quién es?
(Á Felipa y levantándose tambien.)
EMIL. (Levantándose tambien.) No se alarmen.
FEL. (Á Remigio, á cuyo lado pasa.)
El novio de nuestra Cármen.
REM. (Con sorpresa, mas bien que disgustado.)
Usté es el Emilio?..
EMIL. El mismo.
REM. Me deja usted asombrado!
EMIL. Ha tres años que la ví,
y desde entónces...
FEL. Sí, sí:
ya la niña me ha contado...
EMIL. Sólo abrigo un pensamiento:
que Dios nuestra union bendiga;
y si á matar se me obliga
la esperanza que alimento,
sepan que he de preferir
mil veces, sin vacilar,
á la pena de olvidar
el consuelo de morir.
La cuestion, pues, reducida
está á mi vida, ó mi muerte.
FEL. Mira que es hombre de suerte. (A Remigio.)
EMIL. A mi muerte, ó á mi vida:
á esto reducida está.
REM. Toma usted con un calor...
EMIL. Así lo exije mi amor.
REM. Pero venga usted acá:
(Conduciendo á Emilio hasta la butaca que ántes habia ocupado y haciéndole sentar en ella.)
venga usted: por el espacio
sin freno no nos lancemos,
y del asunto tratemos
como se debe, despacio.
FEL. Eso está puesto en razon.
(Sentándose á la izquierda de Emilio.)
EMIL. Si no me niegan su auxilio...
REM. Calma, señor don Emilio.
(Sentándose á su derecha.)
EMIL. Qué señor don, señor don!
REM. Pero ¡voto á Belcebú!
EMIL. Esa es mucha cortesía.
REM. Acaso usted ya querria
que le hablásemos de tú?

EMIL. Si es conceder demasiado,
un poco puede quitar.
REM. Cómo le hemos de llamar?
EMIL. Emilio: Emilio... pelado.
FEL. Pelado se llama usté?
EMIL. No, no: decir he querido
á secas.
FEL. Ya he comprendido.
EMIL. Yo me llamó Santa Fé.
REM. Pues bien, Emilio.
EMIL. Oh! La mano.
(Estrechando la de D. Remigio.)
REM. Prescindo hasta de la Santa.
EMIL. Esa franqueza me encanta.
REM. Mas... vamos al grano?
EMIL. Al grano.
REM. Al saber Felipa y yo
que Cármen novio tenia,
y lo supimos un dia,
más que por lo que ella habló,
por una casualidad,
le hubiera á usté ahogado, amigo.
EMIL. Muchas gracias.
REM. Se lo digo
para su tranquilidad.
EMIL. Me gusta! De esa manera
tranquiliza usté á la gente?
REM. Es que ahora es muy diferente.
FEL. La vista de usted, altera...
REM. Hay razones especiales...
EMIL. Ya! Y de bulto?
FEL. A no dudar.
REM. No podíamos juzgar
de sus prendas personales...
EMIL. Mis prendas! Oh! Grato chasco!
Lo que á sus ojos me abona,
las prendas de... mi persona
me hacian temer un fiasco.
Por lo demás—y no es charla—
mucho Cármen se merece,
pero tengo, me parece,
títulos para alcanzarla.
Mi familia es respetable
por su honradez y caudal:
yo... soy un jóven formal,
lo que se llama apreciable.

Ni me elogio, ni rebajo,
que si muy grande es mi amor
hácia Cármen, no es menor
el que me inspira el trabajo.
Cito, en prueba de ello, un hecho:
me acabo de licenciar...

FEL. Ha sido usted militar?

EMIL. Me he licenciado en Derecho.

REM. Abogado!

EMIL. Verdadera
falta no me hace ejercer;
mas siempre es bueno tener
acabada una carrera.
Y mi familia consiente
en que á Cármen me una yo,
y hasta á un amigo encargó,
que de ustedes es pariente,
que, en su nombre, diera el paso
de pedirla por esposa,
revistiendo así la cosa
la formalidad del caso.
Mas yo me opuse.

REM. Y por qué?

EMIL. Ahora estoy viendo, en verdad,
toda su inmensa bondad!
Por qué, me pregunta usté?
Ay! Porque al pasar revista
á cuanto yo en mi favor
alegar puedo, ¡qué horror!
jamás se escapa á mi vista
y mi vanidad tritura
con elocuencia, que mata,
esta... supérflua postdata
adherida á mi figura! (Indicando la joroba.)

REM. Bah! Bah!

FEL. Y por eso?

EMIL. Qué escucho!
No hagan que yo me alboroce...

REM. Pues si apénas se conoce... (Tocando la joroba.)

FEL. A no fijarse uno mucho... (Idem.)

EMIL. Oh!

REM. Le aseguro que ha sido
su miedo pueril y vano.

EMIL. Es cierto?

FEL. Si de antemano
nos hubiera conocido...

EMIL. Por eso obro hoy de otro modo.
Les he conocido... y ya,
sin temores, dije:—«allá
voy yo con joroba y todo.»
REM. A más, no es ningun baldon...
FEL. Al contrario.
REM. Hay quien sostiene
que... usted, Emilio, no tiene
ninguna preocupacion?
EMIL. Qué mortal no tiene alguna?
Mas no puedo presumir...
REM. Las gentes dan en decir
que... eso, es signo de fortuna. (Por la joroba.)
EMIL. Inmensa yo la tendria
si el bien, que lograr ansío,
no me niegan.
REM. Hijo mio,
por mi parte...
FEL. Por la mia...
EMIL. Hijo! El gozo va á matarme!
(Cayendo de rodillas á los piés de Remigio y Felipa.)
REM. Si Cármen está conforme...
EMIL. Ay! Qué peso tan enorme
van ustedes á quitarme!
REM. Calma.
FEL. Sí.
EMIL. Benditos sean!
REM. Alce usté...
FEL. Y no extreme tanto...
EMIL. Yo de aquí no me levanto
si ustedes no me tutean.
FEL. Espera, Emilio, si puedes...
EMIL. Cómo acallar el deseo?..
REM. No, pues yo no te tuteo.
EMIL. Si lo están haciendo ustedes! (Levantándose.)
REM. Locos tú nos volverás.
FEL. Yo ni lo que digo sé.
EMIL. Un abrazo! Y otro á usté!
(Abrazando á Remigio y á Felipa.)
Oh! Mis queridos papás!
REM. Zambomba!
FEL. Toma unos vuelos!..
EMIL. Mi imaginacion se exalta...
REM. Pues, hijo, por lo que falta,
anda, llámanos abuelos.
EMIL. Ojalá que con razon!..

REM. Punto en boca.
EMIL. Ya está dado:
y, por no ser más pesado,
levantaré la sesion.
REM. Antes de que se levante,
con Cármen hemos de hablar.
FEL. Sí, sí: la voy á llamar.
EMIL. No es oportuno el instante.
REM. Cuanto más pronto, mejor.
EMIL. Eso, ustedes...
REM. En conciencia...
EMIL. Hablar de esto, en mi presencia,
ha de causarle rubor.
FEL. Ah! Sí.
EMIL. Además, al venir,
—lo recuerdo á buena hora,—
supe que usté, ó la señora,
se disponia á salir.
FEL. Era Remigio.
REM. Es verdad.
EMIL. Y usted me escuchó paciente!..
REM. El asunto no era urgente,
ni tampoco de entidad.
EMIL. No me engaña usted.
FEL. (Á Remigio.) Pues dílo.
EMIL. Por no acusarme, atempera...
REM. A decirte voy lo que era
para que quedes tranquilo.
EMIL. No, señor; si yo no trato
de indagar... Pues no faltaba!..
REM. Calla, hombre! Si se trataba
de traer á casa un gato.
EMIL. Sí?
REM. Sabes quién tenga alguno
y quiera darlo?
FEL. Aunque cueste...
EMIL. Pues yo.
REM. Qué!
EMIL. No se moleste,
que voy á traerles uno:
y gratis.
FEL. Cuánto me alegro!
REM. Pero oye.
EMIL. (Cosa más chusca!)
REM. Que el gato, que aquí se busca,
ha de ser negro.

FEL. Muy negro.
EMIL. Y así será.
FEL. Sí que puedes?
REM. Tienes uno?
EMIL. Ya se ve!
(Y si no, lo pintaré.)
Qué no haré yo por ustedes?
Vuelvo en seguida.
REM. Otro abrazo!
EMIL. Con todo mi corazon.
(Echándose en brazos de Remigio.)
REM. (A Felipa, reteniendo en sus brazos á Emilio, cuya joroba toca.)
Aprovecha la ocasion,
Felipa.
EMIL. (Vaya un bromazo!)
FEL. (Tendiendo los brazos á Emilio, que escapa de los de Remigio.)
Y otro á mí.
EMIL. (Echándose en los brazos de Felipa, que le toca tambien la joroba.) Allá voy. (Atiza!)
FEL. (Cómo se deja el truhan!)
EMIL. Abur! (Si me quedo, van
á descubrir que es postiza!)
(Separándose de pronto de los brazos de Felipa, y desapareciendo precipitadamente por la puerta del fondo derecha.—Felipa y Remigio se dirigen á la misma puerta, desde la cual se despiden de Emilio con cariñosas demostraciones.)

ESCENA XI.

Dichos, CÁRMEN y AGUSTIN.

CÁR. Se fué. (Asomada á la puerta de la izquierda.)
AGUS. (A Cármen desde la misma puerta.)
Sigue mi dictámen...
CÁR. Bien, diré que no le quiero
jorobado.
AGUS. Bravo!
CÁR. Pero...
AGUS. Adentro hasta que nos llamen.
(Desaparece con Cármen.)

ESCENA XII.

FELIPA y REMIGIO.

FEL. Por fin, el destino es justo.
REM. Conque, Felipa, qué dices?
FEL. Que vamos á ser felices.
Yo me despaché á mi gusto.
(Indicando haber tocado la joroba.)
REM. No, pues yo!.. Y por si esto falla,
Emilio nos va á traer
tambien el gato, mujer!
FEL. Qué gran dia!
REM. Calla! Calla!
Y eso que habia empezado...
FEL. Otro peor dificulto...
REM. Algun espíritu oculto
por nosotros ha velado.
FEL. Nos prestó quien haya sido
un favor bien singular.
REM. Ahora tendremos que hablar
á Cármen de lo ocurrido;
que si Emilio da la vuelta
y ella noticia no tiene...
FEL. Antes que lo haga, conviene
que la cosa esté resuelta.
Y el chico es un polvorin,
que vendrá volando.
REM. Cierto.
FEL. Niña! (Llamando.)
REM. Cármen! (Llamando.)
FEL. Ah! Te advierto
que con ella está Agustin.
REM. Sucesos faustos sabrá,
y como siempre me increpa...
FEL. Pues, entónces, que los sepa;
de ese modo apagará
por hoy un poco sus fueros.
REM. Cármen!! (Llamando más fuerte.)
CÁR. Llamaba usted?
(Desde la puerta de la izquierda.)
REM. Sí.
AGUS. Y hay permiso para mí? (Desde la misma puerta.)
REM. Para los dos prisioneros.

ESCENA XIII.

Dichos, Cármen y Agustin.

Agus. Hola! Segun los semblantes,
preveo gratas noticias.
Fel. Más que gratas.
Agus. Sí?—Finjamos.
(A Cármen la segunda palabra.)
Cár. Con que más?...
Rem. Vaya!—Gratísimas!
Fel. Y muchas!
Agus. Miel sobre hojuelas.
Rem. Qué dicha, Agustin, qué dicha
va á ser la nuestra!
Agus. Me alegro.
Cár. Ay! Díganos usté...
Agus. Explica...
Fel. Es que no sabrá por dónde
empezar.
Rem. Esa es la fija.
Agus. Piensa que nuestra ansiedad
es muy grande.
Rem. Picarilla!
Venga usté acá; venga usted.
Agus. Mucho valor. (A Cármen al pasar por delante de él para acercarse á Remigio.)
Cár. (Dios me asista!)
Qué quiere usted? (A Remigio.)
Rem. Usted sabe
quién ha estado de visita?
Cár. No, señor, yo no sé nada.
Fel. Ni siquiera te lo dicta
el corazon?
Cár. No, señora.
Fel. Entónces por qué tiritas
y te pones colorada
y bajas tanto la vista?
Rem. Déjala.—Pues quien estuvo,
y sentado en esa silla,
fué Emilio.
Cár. Emilio?
Fel. Mujer,

tu novio!
AGUS. Hola! No sabia
que Cármen tuviera novio.
REM. Vaya si lo tiene!
AGUS. Mira,
si ha de ser para su bien
y la boda se realiza,
desde este instante me ofrezco
á apadrinarla.
REM. Se estima
tu ofrecimiento, y presente
lo tendremos en su dia.
AGUS. Dicho está.
REM. Por lo demás,
tengo la conviccion íntima
de que Emilio hará dichosa
á Cármen.
CÁR. Eso me indica
de un modo claro que ustedes
le han dicho...
FEL. Nosotros, hija,
le hemos dicho, con franqueza...
CÁR. Qué?
FEL. Que si tú le querias...
CÁR. Voy á contestar que sí. (Con viveza á Agustin.)
AGUS. No, mujer. (Á Cármen.)
REM. Pero me admira
que oiga Cármen estas cosas
tan indiferente y fria!
CÁR. No, señor.
FEL. Pues, sí, señor.
CÁR. Las escucho sorprendida.
REM. Pero por qué?
CÁR. Como ustedes,
cuando tuvieron noticia
de nuestro amor, se opusieron...
REM. Si entónces, tú, mas explícita,
á tu madre y á mí hubieras
dicho que Emilio tenia...
CÁR. Qué tiene?
AGUS. Qué ha de tener?
Posicion, buena familia...
REM. No es eso.
FEL. Y eso lo tiene.
AGUS. Hay que hacer que nos lo digan. (Á Cármen.)
REM. Si tú nos hubieras dicho

que Emilio es... no lo adivinas?
CÁR. Amante, estudioso, honrado?
REM. No, mujer: me referia
á otra especial circunstancia
que acumula á las tres dichas:
circunstancia que será,
para muchos, repulsiva,
y que nosotros, que vemos
de una manera distinta,
la apreciamos en el fondo
por lo que ella simboliza.
AGUS. Acabas de hacer, Remigio,
una charada bonita
para *La Correspondencia;*
mas, si no me la descifras,
yo soy muy torpe...
FEL. Que Cármen
le apunte á usted.
AGUS. A ver, niña...
CÁR. Mas si yo no acierto...
FEL. No?
Mire usted, la desharía
si me dejara llevar
de mi genio!
REM. No la riñas.
FEL. Con que despues de estar viendo
á Emilio cada ocho dias,
por espacio de tres años,
no has caido todavía?..
CÁR. No, ni caigo.
FEL. Habráse visto!
REM. Quiero decir...
FEL. Qué fatiga!
Que Emilio es algo cargado
de espaldas!
CÁR. Pues no lo habia
reparado.
REM. Con que no!
CÁR. No.
FEL. Pues no es tan menudita
la cosa para que pueda
pasar desapercibida.
CÁR. Como hay en el locutorio
siempre una luz tan sombría,
y sólo he hablado allí á Emilio,
y este, más que por política,

por cálculo, segun veo,
nunca en irse consentia
sin que ántes me fuera yo...

REM. Bueno; pero esa imprevista
novedad de tu futuro
supongo que no le priva
de la estimacion que tú...

FEL. Cá!

CÁR. Yo siento...

REM. Qué salida!..

FEL. Te vuelves, acaso, atrás?

AGUS. Como á Cármen no fascinan
vulgares preocupaciones,
hace muy bien.

REM. Tú en camisa
de once varas no te metas.

AGUS. Se trata de mi sobrina.

REM. Que por un defecto leve,
y lo miro bajo el prisma
que tú...

AGUS. Cual debes mirarlo.

REM. Lo que Emilio vale olvida.
Su discrecion, su talento...

FEL. Su buen porte...

REM. Y su esquisita
y natural complacencia.

AGUS. Esas ya son otras misas.

REM. Y á qué extrêmo la ha llevado!
Oh! Lo que es yo, mientras viva,
le he de agradecer...

FEL. Y yo.

REM. Va á volver ahora en seguida...
con qué dirás? (Á Agustin.)

AGUS. Con el gato,
que hace poco me pedias?

REM. Pues, sí, señor.

FEL. Sí, señor.

REM. Con el gato.

AGUS. Os doy albricias...

FEL. Ese chico vale mucho!

REM. Que si vale? Es una mina!...

CÁR. Yo con el alma agradezco
á Emilio que se desviva
por darles gusto, y servirles...

FEL. Uf!

REM. Of!

CÁR. Pero eso no quita...
REM. El servicio que nos presta
en este instante, hija mia,
tiene mayor importancia
de la que tú te imaginas.
CÁR. Puede ser.
AGUS. Pues ya lo creo!
Si es la base positiva
de una gran prosperidad!
CÁR. Cómo! El gato?..
FEL. Hay quien afirma...
AGUS. (Si esto pasara en comedia,
se diria que era filfa.)
REM. Pero creo que oigo pasos.
FEL. El será: lo apostaria.
REM. No ha debido tener tiempo
de llegar ni aun á la esquina.
FEL. Pues él es. (Desde la puerta del fondo.)
REM. Ay! No me pone
en mal apuro esta chica.
AGUS. Firmeza! (A Cármen.)
REM. Cármen, por Dios!
CÁR. Si la joroba se quita..
EMIL. Señores... (Apareciendo por la puerta del fondo derecha y saludando.)
CÁR. (A Agustin.) Pues no lo está
tan mal como yo creia.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y EMILIO.

REM. Adelante.
EMIL. Tardé un rato,
mas no ha consistido en mí.
FEL. Tardar!
REM. Al contrario.
EMIL. (Presentando, cogido del cuello, un gato negro que sacará de entre el gaban que lleva al brazo y deja encima de una silla.) Aquí
presento á ustedes el gato.
Más negro que el terciopelo!

REM. Hombre, sí.
EMIL. Le gusta á usté?
REM. Sí que es negro!
EMIL. Como que... (Rectificando.)
Como que se llama Otelo.
FEL. Monin! (Acariciando al gato.)
EMIL. A lo ménos yo
más negro no lo he encontrado.
AGUS. Es capaz de haberle dado (A Cármen.)
con la tintura Padró.
EMIL. Pero á Cármen allí veo...
y á un caballero... (Por Agustin.)
REM. Su tio.
AGUS. Servidor.
EMIL. Muy señor mio.
Y la niña... qué? (A Remigio.)
REM. Yo creo
que te ama.
EMIL. Me lo ha jurado.
CÁR. Y no lo puede negar;
mas no se quiere casar
con un hombre jorobado.
FEL. Qué!
EMIL. Es tan cruel como bella!
REM. Con que te opones? (A Cármen.)
AGUS. Ya ves.
REM. No te importe.
(A Emilio como tomando una resolucion.)
FEL. (A Emilio.) Animo, pues.
REM. Tú te casarás con ella.
CÁR. Más no finjo. (A Agustin que la contiene.)
EMIL. Ay! No me engañe!
(Abrazando á Remigio entusiasmado y sin soltar el gato.)
REM. Atempera tu arrebato.
EMIL. Imposible! (Intentando abrazar á Felipa.)
FEL. Y suelta el gato,
no sea que nos arañe.
REM. (Tomando el gato á Emilio que se disponia á soltarlo.)
No le abandones así,
pues la casa ha de extrañar...
FEL. Y se nos puede escapar.
REM. Por ahora, lo encierro aquí.
(Por la puerta de la derecha, que cierra despues de dejar dentro el gato.)
FEL. Eso, eso!

EMIL. (Ya es mucha guasa.)
REM. Ajajá!
AGUS. (Mi hermano es tonto.)
CÁR. (Pobre padre!)
REM. (Con intencion y satisfecho, á Agustin.)
Por lo pronto,
ya tenemos gato en casa.
AGUS. Y una gran cuestion resuelta.
FEL. Pudiera ser.
REM. Por mi parte...
AGUS. Ya puedes, Remigio, echarte (Con ironía.)
á dormir á pierna suelta!
REM. Si es pulla, á nada conduce:
al tiempo, y no se hable más.
AGUS. Pues al tiempo, y ya verás,
verás qué pelo te luce!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FELIPA y CÁRMEN.

FEL. Te repito que no apruebo
lo que estás haciendo, Cármen,
y que tampoco merece
la aprobacion de tu padre.
CÁR. Yo quiero á Emilio, mamá.
FEL. Pues, si le quieres, ¡qué diantre!
puede haber razones sólidas
para que así le desaires?
CÁR. Sólidas? No falta alguna...
FEL. Esas son puerilidades.
CÁR. Pregunte usted á mi tio...
FEL. Ya sabemos que combate
tu union con el pobre Emilio.
CÁR. Pues él no irá á aconsejarme
cosa que no me convenga.
FEL. Y quién te dice que trate
de hacer eso? Dios me libre!
Pero puede equivocarse,
sin que esto sea ofenderle,
con la intencion más laudable.
CÁR. Es posible.
FEL. Pues, entónces,

por qué, en asunto tan grave,
lo que él dice es lo que priva
y no haces caso de nadie?
Ha de quererte tu tio
más que te quieren tus padres?

CÁR. Ni es así, ni yo podria
suponerlo, pero...

FEL. Dale
con los peros!

CÁR. Tiene Emilio
un inconveniente grande!

FEL. Lo dices por... Bah! De prontó,
es natural que te alarme;
mas ya te acostumbrarías...

CÁR. Y quién puede acostumbrarse?..
Qué no han de decir las gentes
cuando en paseo, en la calle,
me vean con él del brazo?
—«Ganas tuvo de casarse!»—
—«Lo que puede el interés!»—
Y otras parecidas frases.
Ay, no, mamá! Esto me asusta
y hiela toda mi sangre.

FEL. Estamos bien!

CÁR. Un medio hay
para que todo se zanje.
Que Emilio se quite...

FEL. Vamos,
tú no tienes un adarme
de juicio.

CÁR. Pues, de otro modo,
no haya miedo que me case;
aun á riesgo de quedar
para vestir siempre imágenes.

FEL. Qué criatura más terca!

CÁR. Mas no vaya usté á enfadarse...

FEL. Me pondré á bailar, si no.

CÁR. Yo no digo que usted baile.

FEL. Calla, porque ya me tienes
hasta!.. (Muy incomodada.)

EMIL. Se puede? (Apareciendo por la puerta del fondo derecha.)

FEL. Adelante.
(Repentina complacencia.)

ESCENA II.

Dichas y EMILIO.

FEL. Cortés, si no enamorada,
espero que me le trates. (A Cármen.)
EMIL. Cómo lo ha pasado usted?
(Saludando á Felipa despues de haber dejado el sombrero.)
FEL. Sin novedad.
EMIL. Bien.—Y Cármen?
CÁR. Yo tambien sin novedad.
EMIL. Lo cual no debe halagarme,
pues la dejé desdeñosa...
y...
CÁR. No sé qué contestarte.
Yo quisiera complacerte...
EMIL. Más no pido en este instante.
FEL. Qué bueno es! (A Cármen.)
CÁR. (Me da á entender
que prosiga desdeñándole.)
EMIL. (Despues de sentarse obedeciendo á una indicacion de Felipa.)
Y mi señor don Remigio,
salió?
FEL. No: todas las tardes
se echa un poco así que come.
EMIL. Bravo! Y cómo va portándose
nuestro huésped?
FEL. (Sin comprender.) Nuestro huésped?
CÁR. Otelo, mamá.
EMIL. Cabales.
FEL. Ah! sí, sí! Pues, hasta ahora,
continúa bajo llave.
EMIL. Con don Remigio?
FEL. Sí tal.
EMIL. Y por las noches, no salen
ustedes?
FEL. Pues claro, todas.
EMIL. Irán ustedes á Price,
ó al Retiro...
FEL. No, por cierto.
CÁR. Nunca vamos.
EMIL. Pues qué se hacen?

Digo, si no es indiscreta
la pregunta.

FEL. Disparate!
Por las noches, nos metemos
en el café de Levante. (Extrañeza de Emilio.)
Y lo pasamos muy bien,
no vayas á figurarte.

EMIL. Permita usted...

FEL. Hombre, entiende
el sentido de la frase.
Yo no niego que en el Circo
ó en los Jardines se pasen
las horas mucho mejor,
pero no se pasan gratis.
hijo, y aquí, francamente,
no tenemos capitales
para poder...

EMIL. Vaya, vaya,
no venga usted ya enjugándose
las lágrimas...

FEL. Ay! No creas
que hago de pobreza alarde.

EMIL. A santo de qué vendria?

FEL. A lo que vendria darme
contigo falso charol
como los pavos reales.

EMIL. Dice usted muy bien.

FEL. Nosotros...
á qué es andar con ambajes?..
somos unos labradores:
tú me entiendes?

CÁR. Ya lo sabe.

EMIL. Cierto, ya tengo noticia...

FEL. Entónces á qué extrañarte
de que aquí no echemos roncas
ni vivamos á lo grande?

EMIL. Yo... no...

FEL. Las rentas, amigo,
van cada año aminorándose:
y entre las contribuciones,
y demás calamidades
de filoxera, y langosta,
y cédulas personales,
y tanto sello de guerra,
no es poco lograr que basten
á cubrir las atenciones

de la vida indispensables.
Esta es la pura verdad,
y uno tiene que arreglarse...
Así es que, si nos quedamos
en casa, ya tienes que arden
toda la noche dos luces...

EMIL. O tres.

FEL. No; tres, jamás! Antes
cuatro. Tiene mala sombra,
muy mala que haya tres!

CÁR. Calle!

EMIL. Siga usted, doña Felipa.

FEL. Pues decia que, quedándote
en casa, si viene alguno,
con el calor sofocante
que está haciendo, á poco rato
siente sed, si no la trae,
y al pedir un vaso de agua
no has de ser tan miserable
que lo sirvas, sin que un triste
esponjado lo acompañe;
y hay noches que se consumen
qué sé yo cuántos panales,
ó nos consumimos todos
si á vernos no viene nadie.
Si vas á los caballitos,
una silla poco vale;
mas multiplica por tres.
De los Jardines no se hable,
pues la entrada es lo de ménos:
la gente va á lucir trajes
y han puesto por todos lados
tanta luz, que no hay escape,
ó haces un papel ridículo
siendo mero *dilettanti*,
ó, si quieres alternar,
tienes que emperifollarte
y entónces resulta cara
comida para estudiantes.
Pues qué hacer? Mira tú cómo,
despues de un maduro exámen,
hemos resuelto el problema.

EMIL. No me parece tan fácil...

FEL. No ha de serlo? Verás: damos
una vuelta por las calles
para venir á caer,

allá á las nueve, en Levante,
donde ¡asómbrate! gastando
nada más que cinco reales,
y sin tener que ponernos
cada vez un nuevo traje,
ahorramos en casa luz
y los esponjados, ¿sabes?
tenemos nuestro concierto
que hace la noche agradable;
luego la *Correspondencia*
hasta la mesa nos traen;
damos al mozo propina;
yo me tomo un chocolate;
su café con rom Remigio,
y la niña un chico en grande.

EMIL. Me deja usted, en efecto,
asombrado!

FEL. Te persuades?..

EMIL. Está resuelto el problema
de una manera admirable.

FEL. Eh! (Suena como si se hubiera roto una aljofaina.)

CÁR. Qué ha sido!

FEL. Algo se ha roto!

REM. Felipa! (Llamando desde dentro.)

FEL. Voy.

CÁR. Es mi padre.

EMIL. (Alguna hazaña del gato.)

REM. Felipa!! (Desde dentro.)

FEL. Voy! (Dios me ampare!)

(Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

Dichos y REMIGIO.

REM. (Apareciendo por la puerta de la derecha.)
¡Vaya una siesta infernal!

FEL. Cómo!

CÁR. Papá...

FEL. Qué te aflige?

REM. Ese gato...

EMIL. (No lo dije!)

REM. Por vida del animal!..

Y á propósito, me alegro (A Emilio.)
de verte: oye.

EMIL. Qué me manda?

REM. Tu gato, por donde anda,
va dejando un rastro negro!

FEL. Que tiñe!

REM. Y de qué manera!..
Todo lo deja manchado!..

CÁR. Sí que es raro.

EMIL. No: habrá estado
en alguna carbonera.

REM. Tiene el tizne más vigor
que el carbon, no cabe duda.

EMIL. Pues eso es que el gato suda:
como hace tanto calor!..

FEL. Hombre!

REM. Pues es de provecho!
Y tan arisco!

FEL. Qué! Araña?

REM. Poco ménos.

EMIL. Como extraña...

FEL. Pero dínos qué es lo que ha hecho.

REM. Cuando entré, lo hallé escondido
bajo la cama: ¡ay, qué siesta!
traté de hacerle una fiesta,
y, al verme, me dió un bufido.
Repetí el halago yo
por ver si lo reducia,
pero ¡ca! ¡inútil porfia!
bufa que bufa siguió.
Y qué ojos! No me recato
de confesar la verdad:
en aquella oscuridad,
más que los ojos de un gato,
el miedo empezó á pintarme
horrible túnel y un tren
que, con sus ojos tambien,
amenazaba aplastarme.
Entónces me fuí á acostar;
pero, apenas cogí el sueño,
¡válgame Dios con qué empeño
su puso el bicho á mayar!
Le grité... y ¡oh, maravilla!
se calló: más con la escama
sin duda de que la cama
pudiera hacerle tortilla,

trató del peligro huir
que miraba por lo alto,
y se me plantó, de un salto,
en mi mesa de escribir,
que revolvió en un instante
con una saña homicida,
dejándola convertida
en un campo de Agramante.
Para evitar mayor daño,
le ahuyenté: otro salto dió...
en el lavabo cayó,
y despues de darse un baño,
que puso negro en exceso,
se escapó por la ventana
tirando la palangana
y diciendo:—«ahí queda eso!»
Este es el triste relato
de tanta hazaña funesta.
¡Ya veis qué siesta, qué siesta,
me acaba de dar el gato!

FEL. Oye, y dices que ha salido
de tu cuarto?

REM. Y de qué modo?

EMIL. Con el baño...

FEL. Sí? Pues todo
nos lo va á poner perdido!

REM. Bufando como un demonio
quedaba en la galería.

CÁR. Vea usted, y parecia
tan mansito!

FEL. San Antonio!

EMIL. Yo espero que con el trato...

REM. Te hace hablar tu buen deseo.

EMIL. Vaya, pues yo no lo creo
capaz de romper un plato.

FEL. Y quién habla de romper? (Alarmada.)
¡Tendria gracia la cosa!

CÁR. No faltaba!...

REM. Mira, esposa:
pues todo pudiera ser.

FEL. Qué!

REM. La jofaina rompió...

FEL. Es verdad.

EMIL. Pero quizás...

FEL. Y con esa calma estás! (A Remigio.)

REM. Y qué quieres que haga yo?

FEL. Pero, hombre, y si se desmanda!
Yo voy á ver... (Dirigiéndose al fondo.)
EMIL. No acosarlo...
REM. Mejor seria dejarlo...
FEL. Segun donde esté.
REM. Pues anda.
(Váse Felipa por la puerta del fondo derecha.)

ESCENA IV.

Dichos, ménos FELIPA.

REM. Abrigo el convencimiento
de que no conseguirá
amansarlo.
CÁR. Tal vez...
REM. Ca!
EMIL. Si viera usted cuanto siento
que el gato nos salga malo!
CÁR. Pues papá...
EMIL. Con él pensé,
don Remigio, hacer á usté
un verdadero regalo.
REM. Lo admití, sin duda alguna,
por tal.
EMIL. Cuando lo traia,
no un animal, yo creia
que llevaba la fortuna;
y dejando en libertad
á la mente, que volaba,
mi bella ilusion tomaba
las trazas de la verdad,
y me hacia concebir
cosas tan maravillosas!..
REM. Cuenta, cuenta; á ver qué cosas?..
EMIL. Pues se las voy á decir.
Que, sin gastar un ochavo
en ninguna lotería,
á usté en todas le caia
un premio... ó dos...
REM. Bravo! Bravo!
EMIL. Que, sin miedo á los reveses,
en la Bolsa usted entraba,
y ya vendia ó compraba
á plazo, ferros y treses,

siendo siempre tan dichoso
que, en cada liquidacion,
se ganaba usté un millon,
cuando ménos!

REM. Delicioso!

EMIL. Que sus campos... ni San Bruno
á dar ha llegado tanto,
y eso que dicen que el Santo
suele dar ciento por uno:
pues sus campos de contino
daban, de usted en provecho,
en vez de trigo, el pan hecho;
y, en vez de las uvas, vino!

REM. Soberbio!

EMIL. Y esta riqueza
sin trabajo ni ansiedad!..

REM. Qué lástima que verdad
no sea tanta belleza!

CÁR. No obstante, y con el respeto
que es debido dicho quede,
la fortuna... así, no puede
satisfacer por completo.

REM. Que nó?

EMIL. Bah!

CÁR. Más estimada
podia ser...

EMIL. Tontería!

CÁR. Yo creo que lo sería
si fuese, Emilio, ganada.

EMIL. Discutible!

REM. Pche!... quizá
habiéndola merecido...
Mas tú, ¿dónde has aprendido?...

CÁR. En el colegio, papá.
En él, los ricos encajes
la calceta no desdeñan,
y á las jóvenes enseñan
á cortar y hacer sus trajes.
Algunas poca aficion
á tal tarea mostraban,
mas las maestras les daban
esta sencilla leccion:
—«La que con recursos cuente,
que de mano ajena vista:
para eso está la modista;
pero que tenga presente

que, al estrenar un vestido,
será menor su alegría
que la que otra siente èl dia
que estrena el que se ha cosido.»—
Conque apliquen ahora el cuento...

EMIL. No cabe duda ninguna...

REM. Eh! Que venga la fortuna,
sea por merecimiento
ó porque quiera venir....

EMIL. Sí, señor; ese es el punto...

REM. Pues entónces, el asunto
no se debe discutir.
Digo...

EMIL. Conformes los dos.

REM. Aquí lo que es menester...

ESCENA V.

Dichos y FELIPA.

FEL. (Saliendo por el fondo izquierda muy apurada.)
Ay, Remigio!

REM. Qué hay, mujer?

FEL. Remigio, corre, por Dios!

REM. Cómo?

EMIL. Qué pasa?

CÁR. Mamá!..

FEL. Ese gato condenado...

REM. Qué ha hecho?

FEL. Desesperado,
en el comedor está.

EMIL. Querrá comer.

FEL. No, señor;
quiere ver cómo destroza
todo el cristal y la loza
que hay en el aparador!

REM. Qué tal?

CÁR. Y cómo evitamos?..

FEL. Qué sé yo!

REM. Pues que él se guarde!..

FEL. Temo que lleguemos tarde.

REM. Ay, no, no!

FEL. Pues vamos.

REM. Vamos.

(Vánse Remigio y Felipa apresuradamente por el fondo izquierda.)

ESCENA VI.

CÁRMEN y EMILIO.

EMIL. La cosa marcha y me agrada,
Cármen, el sesgo que toma.
CÁR. Pues yo creo que la broma
se va haciendo muy pesada.
EMIL. Sí?
CÁR. Demasiado quizá.
EMIL. No tuve jamás tal mira:
pero uno el guijarro tira
sin saber á dónde va...
CÁR. Te convences?
EMIL. En efecto:
mas no estoy arrepentido,
porque todo lo ocurrido
favorece mi proyecto.
y cuando pase el chubasco,
que aquí la paz ahora altera,
tú verás cómo...
CÁR. Dios quiera
que no te lleves un chasco!
EMIL. Entre tanto tú, con esto, (Indicando la joroba.)
y hasta que te avise, ¿estás?
ódiame cada vez más.
CÁR. Sin odiarte, por supuesto.

ESCENA VII.

Dichos y REMIGIO.

REM. Emilio! (Apareciendo muy apurado por la puerta del fondo izquierda.)
EMIL. Qué?
REM. Hazme el favor
de venir, porque te digo!..
EMIL. Pues qué ocurre?
REM. Ese enemigo
ya está en el aparador.
CÁR. Corre. (A Emilio.)
EMIL. Es de mala ralea!
REM. Pero, hombre, tú estás seguro
de que es negro?

EMIL. Y muy oscuro.
REM. Me parece que pardea:
y el mayor de los petardos
será...
EMIL. Es que apénas se vé,
y de noche...
REM. Sí, ya sé...
EMIL. Todos los gatos son pardos.
REM. Esa observacion disipa
algun tanto mi recelo.
(Ruido grande de vajilla rota.)
CÁR. Ay!
EMIL. Anda! Anda!
REM. Santo cielo!
Socorramos á Felipa!
Te has lucido! (Á Emilio en tono de reconvencion y deteniéndose de pronto.)
EMIL. Esto es chistoso!
Con que ahora?..
REM. No te entretengas.
EMIL. Vamos allá.
REM. (Á Cármen que se dispone á seguirles.)
Tú no vengas
porque Otelo está furioso.
(Vánse Remigio y Emilio por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII.

CÁRMEN.

¡Válgame Dios, qué disgusto
tendrá la pobre mamá!
Y el caso no es para ménos.
Ese pícaro animal
va á dar al traste con todo,
sin que se logre salvar
ni la esperanza que Emilio
alimenta en vano ya.
—No obstante, nadie es dichoso
hasta el fin, dice el refran.

ESCENA IX.

Dicha y Remigio.

Rem. (Apareciendo por el fondo izquierda con una vela encendida en una palmatoria.)
Con ménos motivo, algunos
se han arrojado al Canal!
Ya no hay paciencia que baste!
Cár. Qué funesta novedad?..
Rem. Que ese demonio, despues
de hacer trizas el cristal
y la vajilla, como alma
que se lleva Barrabás,
en tu cuarto se ha metido
por la ventana que da
al pasillo.
Cár. ¡Vírgen santa!
Pues apénas...
Rem. Ménos mal
hará allí.
Cár. Si usted no sabe
de la misa la mitad!
Pues si justamente tengo!...
Rem. Qué tienes? Acabarás?
Cár. La plancha de la semana
estendida en el sofá!
Rem. Pues la va á poner bonita!
Cár. Es una calamidad!..
Rem. Emilio! Emilio!.. (Llamando.)

ESCENA X.

Dichos y Emilio.

Emil. (Apareciendo por el fondo izquierda con otra vela encendida.) Lo mato
sin remedio!
Rem. Ven acá:
se metió allí, y hay que echarle...
Emil. Allí? (Indicando la puerta de la izquierda.)
Cár. Nos va á estropear
toda la ropa planchada!
Rem. Pero, dime, la verdad,
el gato es negro?
Emil. Y tan negro!

ESCENA XI.

Dichos y FELIPA.

FEL. (Apareciendo por el fondo izquierda con otra luz.)
Ay! Yo ya no puedo más!
REM. Cálmate... (A Felipa.)
FEL. Pero, qué miro!
Tres luces! Mala señal!!
Apagar una.
(Felipa, Remigio y Emilio apagan de un soplo la luz que cada uno tiene)
REM. Pero, hombre!
FEL. Vaya una barbaridad!
EMIL. Si ustedes hubieran dicho
que iban los dos á soplar!..
FEL. Dejarnos á oscuras!.. Cármen! (Llamándola.)
CÁR. Qué desea usted, mamá?
FEL. No, nada. (Tranquilizándose al encontrar á Cármen.)
REM. Cuando las cosas
se empeñan en salir mal!..

ESCENA XII.

Dichos y AGUSTIN.

AGUS. (Saliendo á tientas por el fondo derecha.)
Santas y muy buenas noches.
FEL. Eh! Quién ha entrado?
REM. Quién va?
CÁR. El tio Agustin.
AGUS. El mismo.
FEL. Cierto.
REM. Creí...
AGUS. Pero estais
jugando aquí al escondite?
REM. Te diré...
FEL. Es que...
AGUS. Antes de entrar
teníais luz y de pronto...
CÁR. Por una casualidad,
sucedió que...
EMIL. El aire...

REM. Justo,
un poco de aire de más...
FEL. Mas ninguno tiene un fósforo?
REM. Sí, mujer. (Disponiéndose á encender uno.)
EMIL. Vaya! (Lo mismo.)
AGUS. Aquí está.
(Encendiendo un fósforo á la vez que Remigio y Emilio encienden otro.)
FEL. Otras tres luces!
REM. Por vida!
(Apagan los fósforos y vuelven á quedar á oscuras.)
AGUS. Coincidencia más fatal!
FEL. Y va de segunda vez!
AGUS. Malo!
REM. (No se va á burlar
poco de nosotros!)
(Despues de haber encendido con otro fósforo dos velas que deja encima de un mueble.)
CÁR. Vamos,
ya sólo hay dos.
AGUS. Con lo cual
tendremos, sí, ménos luz;
pero más felicidad.
FEL. (Que buena falta nos hace.)
REM. (Tendré paciencia.)
AGUS. (Despues de una pausa.) Y qué tal
el forastero? El minino.
REM. .El minino?.. Regular.
Se va explicando.
AGUS. De véras?
FEL. Pero se explica muy mal.
AGUS. Cómo?
REM. (Á Felipa.) Y si no andamos listos!..
CÁR. Pobre ropa!..
FEL. Ay! Es verdad!
REM. Con tu permiso... (Á Agustin.)
AGUS. Por mí,
no os vayais á violentar
en nada.
REM. Gracias.—Tú, Emilio,
te quedas aquí. (Á la puerta de la izquierda.)
EMIL. Cabal.
REM. Y si sale...
EMIL. Oh! Si saliera,
las habia de pagar
todas juntas!

REM. Bien. Vosotras,
conmigo.
FEL. Vamos allá.

(Vánse Remigio, Felipa y Cármen por la puerta de la izquierda, llevándose una luz y dejando alumbrada con otra la escena.)

ESCENA XIII.

AGUSTIN y EMILIO.

AGUS. Pero qué es lo que sucede?
EMIL. Qué ha de suceder? La mar.
Nuestro gato hace prodigios:
no parece irracional,
y su importante papel
ha sabido interpretar
de un modo!...
AGUS. Como que aquí
él es el primer galan.
EMIL. Y la horrible pesadilla
de mis futuros papás,
que, si de esta no se curan,
los podemos desahuciar.
AGUS. Segun eso?..
EMIL. Qué se yo
las cosas que ha roto ya!..
AGUS. Y continúa tiñendo?..
EMIL. Más que el carbon vegetal.
AGUS. Pero el gato es blanco ó rubio?..
EMIL. Me lo va usté á preguntar
á mí?
AGUS. Pues á quién?
EMIL. Si el gato
es el de usted!...
AGUS. Ja! ja! ja!
El chasco tiene más gracia.
EMIL. Ya ve usted que en eso no hay
trampa: el gato es negro; pero
don Remigio y su mitad,
al buscarlo, me mostraron
interés tan especial
en que lo fuera en extremo,
que yo, con el ciego afan

de satisfacer su gusto
por completo, y á pesar
que el de usted lo era bastante,
unas friegas, sin piedad,
le dí con humo de pez
para ennegrecerle más.

AGUS. Por eso está tan furioso!
EMIL. Tiene usted razon: quizá...
AGUS. De todas maneras...
REM. (Dentro.) Cierra,
para que no vuelva á entrar.
AGUS. Ellos vienen.
EMIL. (Colocándose junto á la puerta de la izquierda.)
A mi sitio.
AGUS. Que hay que hacer punto final.
EMIL. Sí, señor.—Sale?

(Esta última palabra la dirige á los que se supone dentro de la puerta izquierda, apoderándose de una silla y en actitud amenazadora.)

REM. (Saliendo con Felipa y Cármen por la puerta izquierda.)
Detente,
que somos moros de paz!

ESCENA XIV.

Dichos, FELIPA, CÁRMEN y REMIGIO.

FEL. Vaya! Pues tendria chiste
que nos dieras ahora un golpe!
REM. No nos faltaba más que eso
despues de las desazones...
CÁR. Ya! ya!
EMIL. Pero Otelo sale?..
REM. Si se fué!
EMIL. Cómo! Y por dónde?
REM. De un salto, y por donde entró.
EMIL. Por la ventana fué entónces?..
FEL. Cabal, y despues de darse
unos cuantos revolcones
en el sofá y en la ropa...
CÁR. Que la ha puesto!...
EMIL. Se supone.
CÁR. Estrujada...
REM. Y convertida

en un monton de tizones.
EMIL. Lo que conviene evitar
á todo trance, señores,
es que el mal que se lamenta
adquiera más proporciones.
FEL. Más todavía!
REM. Figúrate,
Felipa, que se le antoje
ver lo que hay por la cocina...
FEL. No lo digas!
REM. Tú suponte
que se suba á los vasares...
(Estrépito de cacharros al romperse.)
FEL. Pero cállate, y no nombres!..
EMIL. Santa Bárbara bendita!
CÁR. Otro destrozo!
AGUS. Demontre!
REM. Si te lo estaba diciendo!
FEL. Claro, con tantos pregones,
qué habia de suceder?
EMIL. Quieren ustedes ver cómo
el gato nada más rompe?
REM. Qué pregunta!
CÁR. Sí, sí, Emilio.
EMIL. Me otorgan atribuciones
para que de él, al efecto,
haga lo que me acomode?
REM. Pégale un tiro.
AGUS. Sí, mátalo.
REM. Digo, si esta no se opone. (Por Felipa.)
FEL. Yo? Con tal de que de él nos libre,
que lo fusile ó lo ahorque.
EMIL. Sí? Pues vuelvo.
(Váse por la puerta del fondo izquierda.)

ESCENA XV.

Dichos, ménos EMILIO.

CÁR. Pero...
AGUS. Deja
que por lo sano se corte.
FEL. A mí lo que me ha hecho gracia
es la salida de este hombre. (Por Remigio.)

REM. He dicho algo inoportuno?
FEL. Por qué habia yo, responde,
de oponerme al esterminio
de ese tigre?
REM. Felipa, óyeme.
FEL. No parece sino que
lo traje yo á casa.
REM. Conste
que tampoco yo lo traje,
lo entiendes?
CÁR. (Al fin y al postre,
va á ser Emilio el pagano.)
REM. Mide, pues, las expresiones
y no me eches á mí el muerto.
AGUS. Mas tampoco se lo endoses
tú á Emilio.
REM. Dále!
FEL. Bien dicho!
CÁR. Tiene usted dos opiniones
en contra, papá.
REM. Señor!..
Pero ¡por los doce Apóstoles!
¿no fué ese chico quien trajo?..
AGUS. Convenido.
REM. Pues entónces...
CÁR. Mas usted se lo encargó.
REM. Si á eso vamos, mi consorte
es la culpable.
FEL. Remigio!
REM. Tú, sí!
FEL. Yo? Dios me perdone!
No crea usted lo que dice. (A Agustin.)
REM. Tú, que no sé qué ilusiones
te hacias...
FEL. Usté es testigo...
REM. Poco á poco.
AGUS. Vaya, ¡al órden!
Remigio, y déjame hablar
aunque tus iras provoque.
FEL. Sí, sí, hable usté.
AGUS. Aquí la culpa...
FEL. Nada de contemplaciones.
AGUS. Es tuya. (A Remigio.)
REM. Gracias.
FEL. (Satisfecha á Remigio.) Lo ves?
AGUS. Y de usted tambien. (A Felipa.)

FEL. Qué!
REM. (Satisfecho á Felipa.) Lo oyes?
AGUS. Esta es la pura verdad
que ustedes dos reconocen,
porque ese afan de culparse
no es falta de convicciones;
es nada más que vergüenza
de confesar sus errores.
FEL. A ver dónde están los mios?
AGUS. En esas preocupaciones
que alimenta, y con las cuales
se crea usted sinsabores,
hace agravio á la razon
y á Dios una ofensa enorme.
FEL. Jesús!
REM. Bien: no hablemos más,
y en adelante... Mas, oye:
el que toca una joroba
tiene suerte? (A Agustin.)
AGUS. Vaya! Enorme!
FEL. Ves? (A Remigio y con aire de triunfo.)
AGUS. La suerte de tocarla,
sin llevarla.
REM. No, no, sobre
esa.
AGUS. Pero en qué cabeza
cabe?..
REM. Felipa, responde...
FEL. Responde, Remigio, tú
que recibiste á ese jóven,
á Emilio, con palmas, sólo
porque...
REM. En cuanto al gato me ahogue,
verás el paso que lleva.
AGUS. Vaya un pago, cuando el pobre
está quizá siendo víctima
de las uñas de Otelo.
FEL. Hombre!
Pues no habia yo pensado...
REM. Será muy posible!
FEL. Ay! Corre,
Remigio, á ayudarle tú.
REM. Me gustan tus compasiones!
Nada, que Emilio se salve
aunque á mí se me destroce!
Anda, y que...

AGUS. Vaya, iré yo.
REM. Mira, Agustin, que te expones...
AGUS. Deja... Pero aquí está Emilio.
REM. Hola!
CÁR. (Respiro!)
EMIL. Señores.

(Apareciendo por el fondo izquierda sin la joroba; pero disimulando esta circunstancia hasta el momento oportuno.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y EMILIO.

REM. Nos tenias con cuidado.
EMIL. Sin justa razon ha sido.
FEL. De véras?
REM. Qué ha sucedido?
EMIL. Pues nada: que hemos triunfado.
CÁR. Emilio, al fin, se portó.
AGUS. Segun eso, el gato ha muerto?
EMIL. Ca!
REM. No murió?
EMIL. No, por cierto.
FEL. Y dónde está?
EMIL. Qué sé yo!
CÁR. Entónces...
FEL. No acabó el susto!
EMIL. Cuando de aquí me marché,
en la despensa le hallé
despachándose á su gusto.
FEL. Qué hacia?
EMIL. Estaba entregado
á lamer con ciego afan...
FEL. Ya sé! Un flan que yo...
EMIL. Qué flan!
El plato en que habia estado.
REM. Con tal que no le aproveche!..
AGUS. Bien se atracó!..
FEL. Ya vé usté:
como que en el flan gasté
cuatro cuartillos de leche.
REM. Si voy contigo, lo estrello!
FEL. Y por qué no fuiste, dí?

EMIL. No obstante, yo conseguí
atraparle por el cuello.
CÁR. Sí?
FEL. Bien!
EMIL. Y aunque de coraje,
al verse preso, rabió,
de la despensa salió
en la forma que lo traje.
AGUS. Mas dónde está el prisionero?
EMIL. Si no sé.
REM. Te estás burlando?
FEL. Qué hiciste de él?
EMIL. Calculando
que este es un piso tercero,
con entresuelo, que agobia,
y promete, por su altura,
muerte instantánea y segura
como el puente de Segovia,
el brazo fuera saqué
de una ventana que ví.
REM. Y despues?
FEL. Sigue.
EMIL. Hice... así.
(Demostrando tener el gato cogido por el cuello y separando los dedos.)
CÁR. Qué crueldad!
AGUS. Y el gato... qué?
EMIL. Rodó! Pero, ¡oh, maravilla!
cuando al fin de la carrera
esperaba que se hiciera,
contra el patio, una tortilla,
veo que la tierra toma,
y el aliento no le falta:
que cae de piés, que salta
como pelota de goma,
y escapa por una puerta
dejando así el muy taimado
el gaticidio... frustrado,
y á mí... con la boca abierta!
REM. El caso es que ese animal,
que recuerdo con horror,
no está en casa?
EMIL. No, señor.
REM. Pues eso es lo principal.
Muchas gracias, y...
EMIL. Y qué?

Qué significa esa y...
Acaso que sobro aquí?
FEL. Ten calma, y...
EMIL. Tambien usté?
REM. Tú no debes extrañar...
EMIL. Con que no debo?.. Me agrada!
CÁR. Ay, tio! (Apurada, á Agustin.)
AGUS. (Á Cármen.) No temas nada.
CÁR. (De nuevo empiezo á temblar.)
EMIL. No se esfuerce usté en fingir...
REM. Tú adelantas demasiado...
EMIL. Vaya! Aquí hay gato encerrado...
FEL. Gato! (Muy alarmada.)
REM. Qué? (Aterrorizado.)
EMIL. Quiero decir
que usté oculta una intencion
que descubro, sin embargo.
REM. Yo espero que te hagas cargo
de cuál es mi situacion.
EMIL. Eh! Qué tal? Fuera escarceos!
AGUS. Sí, más vale.
FEL. A no dudar.
REM. Pues mira; te voy á hablar
sin ambajes ni rodeos.
CÁR. (Que Dios nos saque con bien!)
REM. Yo te aprecio: te lo digo
cual lo siento: soy tu amigo;
pero soy padre tambien.
EMIL. No espere que me desarmen
salvedades...
REM. Que he de hacerte.
Tú sabes que exclamé, al verte:
«buen partido para Cármen!»
Pero, al darle cuenta yo,
ella dijo de corrido:
«no es para mí buen partido!»
Y á tí y á mí nos partió.
EMIL. Mas...
REM. Y ahora entra el padre.
EMIL. Justo,
y hará que su voluntad...
REM. Yo no tengo autoridad
para casarla á disgusto.
EMIL. Bendigo, entónces, mi suerte!
REM. Es decir...
EMIL. Ya se retracta?

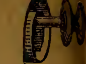
REM. No.
EMIL. Pido que se tome acta
de lo dicho.
REM. Mas advierte,
sin que sea rebajarte,
que hay un pero en tu figura...
EMIL. Eso tiene compostura.
REM. Cómo has de poder quitarte
la joroba, desdichado!
EMIL. Ciertamente, no podré.
Pero sabe usted por qué?
Porque ya me la he quitado.
(Mostrando que ya no tiene la joroba.)
REM. Canario!
FEL. Qué pasa aquí?
EMIL. Perdon.
CÁR. Papá...
REM. Vaya un modo!..
AGUS. Un ardid ha sido todo
que yo he autorizado.
REM. Sí?
AGUS. Por tu bien.
EMIL. Y usté ha debido
comprender al punto el hecho;
que un licenciado... en derecho,
no podia estar torcido.
REM. Y á qué vino esa ficcion?
EMIL. A vencer su antipatía...
AGUS. Por su parte: y por la mia,
á daros una leccion.
FEL. Mas leccion estéril fué. (Como asaltada por una idea.)
AGUS. Usté ha visto el resultado
que gato y joroba han dado.
FEL. Ay! Qué cándido es usté!
AGUS. Acaso?..
FEL. No soy tan boba!
Ya podíamos tocar...
¡Qué suerte habia de dar,
siendo falsa, la joroba?
REM. Chúpate esa!
CÁR. Dice bien.
REM. Y ahora caigo!
EMIL. (Á Agustin.) No hay manera...
REM. El gato...
FEL. Sí!

AGUS. Me exaspera!
FEL. El gato...
REM. Falso tambien!
EMIL. Protesto: yo, en realidad,
un tanto lo ennegrecí;
pero el gato, ya de sí,
era negro... y de verdad!
AGUS. Como que era el mio!
FEL. ¡El suyo!
REM. Es posible?.. (Confundido.)
AGUS. Te respondo...
EMIL. (La estocada ha sido á fondo.)
REM. Pues, entónces, si era el tuyo,
por qué la suerte no allega?..
AGUS. Porque, para hacerte rico,
todas las jorobas, chico,
y los gatos, son de pega!
REM. No obstante, la broma, hermano...
AGUS. No te acuerdes ya...
FEL. Que no?
Y el Otelo no dejó
ni un solo cacharro sano!
EMIL. El que rompe... paga.
REM. Y qué?
EMIL. Que, en defecto del culpable,
quien lo trajo es responsable
y yo por él cumpliré.
Yo, que sin el falso aliño
con que aquí me hice presente;
sin joroba, ciertamente,
pero con mucho cariño,
hoy ambiciono esa perla (Por Cármen.)
y que me la den no quiero:
tan solo pido y espero
me permitan merecerla.
Dichosos, sin duda alguna,
y ricos nos han de ver,
pues los que me han dado el ser
me legan una fortuna
y el secreto que la trajo.
FEL. Un secreto?
AGUS. Ya se ve.
FEL. Y á qué la deben?
REM. A qué?
EMIL. A su constante trabajo.
REM. Al trabajo?

EMIL. Es positivo.
CÁR. Y el ejemplo convincente.
AGUS. Otro te ofrece elocuente
la actividad en que vivo,
por la cual me doy buen trato
y cobro renta mayor.
REM. Y te la da?..
AGUS. Sí, señor:
la actividad, no mi gato.
FEL. Este tiene gente allí,
en su hacienda...
AGUS. Aunque así sea.
CÁR. Hacienda, tu amo te vea.
REM. Ya entiendo. (Convencido.)
AGUS. Imítame á mí.
Un asunto grave acá
me llamó; si hoy lo resuelvo,
mañana á la hacienda vuelvo,
que esperar caiga el maná
ó, á la suerte abandonado,
que ella nos venga á traer
lo que uno debe obtener,
ni es prudente, ni es honrado.
EMIL. Adopte usted la receta.
FEL. Nada pierde.
AGUS. Mucho gana.
REM. Dices que te vas?.. (Á Agustin.)
AGUS. Mañana.
REM. Prepárame la maleta. (Á Felipa.)
AGUS. Te vendrás conmigo?
REM. (Con resolucion.) Iré.
FEL. Ay! Usted me le alucina...
AGUS. Cá! El trabajo es una mina!..
EMIL. Y á mí... qué me dice usté? (Á Remigio.)
REM. A tí?
EMIL. No me haga sufrir.
FEL. Tú le quieres? (Á Cármen, por Emilio.)
CÁR. Sí, señora.
REM. Pues qué he de decirte ahora,
si ya me has hecho decir
que desde luego me ajusto
de mi hija á la voluntad;
que no tengo autoridad
para casarla á disgusto?
EMIL. Qué dicha!
FEL. Bien me parece.

AGUS. Y á mí.
FEL. Mas vamos por partes:
no se han de casar en mártes,
ni en la boda comer trece.
REM. Déjate de tonterías,
que un guarismo indigestion
no ha de dar, y buenos son,
muy buenos todos los dias,
para unirse ante el altar
dos que lo anhelan amantes.
AGUS. Bien!
FEL. Temerario!
REM. Cuanto ántes
os podeis, hijos, casar.
FEL. Pero...
EMIL. Vencimos, al fin!
REM. Ya, de mi error convencido,
no pienso ser lo que he sido.
AGUS. Formalmente?
REM. Sí, Agustin.
AGUS. Del propósito me alegro.
EMIL. Sin que cueste, no hay atajo.
REM. Nada, desde hoy, el trabajo
ha de ser mi gato negro.

FIN DEL JUGUETE.

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
DON JOSÉ MARCO

EN TRES ACTOS.

Libertad en la cadena.
El sol de invierno.
El peor enemigo.
Cuestion de trámites.
Ana (1).
¡Cómo ha de ser!
Hoy.
Los flacos.
La feria de las mujeres.
La mujer compuesta...
El manicomio modelo.
Receta matrimonial.
La gran jugada.
A pesca de marido.
Figuras de cera.

EN DOS ACTOS.

El gato negro.

EN UN ACTO.

Consecuencias de un bofeton.
El dote de María.
Una tarde aprovechada (2).
La pava trufada.
Adan y Eva.
¡Sin padre!
La fiesta en paz.
El fondo del espejo. (En prensa.)

(1) En colaboracion con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.
(2) En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.